

SERMÓN

SOBRE EL

MISTERIO DE LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Y DE LA

PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO



*Tulerunt Jesum in Jerusalem, ut
sisterent cum Domino... et persecerunt
omnia secundum legem Domini.*

Luc, 11, 22, 39.

MEDITAR sobre los misterios adorables del Salvador del mundo y sobre las dulzuras del Evangelio en relación con la vida de la Virgen María, Madre del Verbo Encarnado, es henchir el corazón de los júbilos más puros y de los consuelos más suaves. La mente y la fantasía cristianas, examinando esos secretos de caridad inmensa, parecen haberse recreado especialmente con los sucesos divinos realizados en la pequeña Belén, la ciudad privilegiada donde la modesta Ruth halló su dicha, y donde tuvo su cuna el Rey Profeta; y diríase que todos los corazones rectos conservan grabados indeleblemente en su fondo los recuerdos de la antigua Efrata que describió Miqueas, tan fecunda como vistosa, de valles siempre risueños y de verdes y elevadas

colinas. A nuestra fe y á nuestra piedad estarán siempre presentes aquella pobre y desnuda gruta, único y providencial hospedaje que allí encontraron, en supremas horas, los descendientes de los antiguos reyes de Judá; aquel cierzo helado é inclemente de las tardes y las noches de un invierno cruel; el tierno Infante que, siendo Rey de Reyes, no tiene para su nacimiento ni aun la sencilla tienda del menos rico de los antiguos Patriarcas; los arrobamientos de la amante Madre y del fiel Custodio y Padre legal del amoroso Jesús; el gozo de los ángeles, el cantar de los pastores, la estrella antes desconocida que aparece en los cielos, las ofrendas y las adoraciones de los Monarcas del Oriente, que vienen á recoger, en su visita al Soberano Eterno, las luces de una sabiduría celestial y la llama de una caridad infinita: dones que habrán de proporcionarles un día la diadema inmarcesible del martirio, haciéndoles merecedores de los más solemnes cultos de nuestra Liturgia, y de la invocación, las alabanzas y las bendiciones de la cristiandad entera.

Ahora bien, hermanos míos: á los misterios, tan profundos como altísimos, de esta Natividad bendita, que eleva el alma á inconmensurables alturas y le hace divisar los atrios de superiores moradas, veremos suceder hoy las arrebatadoras prácticas de las ceremonias legales que Jesús y María han querido cumplir ante el altar y el sacerdote, no obstante su pureza y sus prerroga-

tivas, para ejemplo de las generaciones elegidas y para edificación y encanto de todos los siglos.

La graciosa Belén, que había sido testigo de tan singulares maravillas con la estancia de la Familia Sagrada, recibía también de ésta, para el infortunado y el pobre, todo el oro que la generosa esplendidez de los Reyes de Sabá y de la Arabia había puesto á los pies de aquel Niño Divino, en el cual reconocieron al Dios Creador é Increado; y pobres, pero venturosos, como habían entrado en la renombrada *Villa*, Jesús, José y María quisieron salir de ella para ir á Jerusalén y visitar el Templo. Llevando al delicioso Infante en sus brazos y alternando á porfía en esta solicitud conmovedora, los esposos de Nazareth cruzan por el célebre Pozo de David, testigo de inolvidables heroísmos, detiéndose un instante para contemplar la tumba de Raquel, embellecida por Jacob con aquel ciprés en el que Moisés fijó tantas veces desde lejos su vista, y de cuyo sepulcro hablaba el Profeta Samuel á Saúl, siete siglos más tarde, como de un lugar escogido; pasan por la vieja morada de Habacuc, el Profeta fiel y obediente que mereció ser transportado por ángeles desde Judea á Babilonia, y que ensalzó en un Cántico admirable las obras del Señor; y descansaron quizá bajo el terebinto frondoso que aún daría por largos siglos su sombra bienhecho- ra al viajero y al peregrino, hasta que fué arrancado, en horas de conquista aciaga, por la ira y

por el fanatismo del turco. Y al entrar aquel grupo sobrehumano en la Santa Ciudad por la puerta del Profeta Rey, dijérase que la noble figura del esclarecido Isaías se incorpora sobre su dormitorio fúnebre para reverenciar á aquella Madre Virgen que él anunciara en sus elocuentes vaticinios, y para adorar al Emmanuel celeste que María había concebido en su seno. ¡Ah, Señores! Jerusalén ignoraba entonces por completo que se dignaba visitarle su Dios, su Mesías prometido, y permanece silenciosa y muda, sin divisar los ángeles que acompañan á aquella Trinidad dulcísima de la tierra; algunos lustros después de esta visita, las predicaciones de Jesús, su doctrina, sus parábolas, sus milagros, la proclamación de su reinado en las esferas de la verdad y en las regiones de la virtud y la conciencia, producirán en la infiel Ciudad aquellos ruidosos movimientos en que el rugido de los deicidas pudo apagar por algún tiempo los suspiros y gemidos de los corazones creyentes; pero consiguiendo sólo, al cabo, matar la nacionalidad de su propio pueblo para dar la vida y el engrandecimiento á nuevos pueblos y nuevas sociedades.

Penetremos ya, Señores, en los recintos del gran Templo para asistir á la Purificación de la Virgen María y á la Presentación de Jesús ante los Sacerdotes del Señor, y veamos cómo en esas interesantes ceremonias y en esos grandes misterios se nos inculca poderosamente el cumplimien-

to de la Ley divina, y se nos conjura con santo amor para ofrecer un corazón purificado ante los tabernáculos de Cristo. *Tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino, et perfecerunt omnia secundum legem Domini.*

La Iglesia Católica, nuestra Santa Madre, ha llamado á esta fiesta la Fiesta de la luz; y nosotros debemos iluminar nuestro ser con esos vivos y radiantes resplandores. Entristecido frecuentemente nuestro espíritu con el cuadro sombrío de los errores y delirios de nuestra época, donde peligran á un tiempo la virtud y la fe, el orden y el derecho, nosotros acudimos hoy bajo estas sagradas bóvedas para robustecer nuestras creencias, para afirmar nuestras esperanzas, para recoger en los secretos de la Sabiduría y de la Caridad de Cristo algún soplo de amor, alguna centella de la verdad y el bien que pueda salvar las almas y regenerar los pueblos.

Para profundizar un tanto en este saludable estudio, pidamos á la Escritura su narración severa, á la ley el fuerte imperio de su rectitud y su justicia, al templo la atractiva majestad de su culto y las variadas armonías que lo embellecen; pero sobre todo esto, hermanos míos, pidamos los auxilios del Espíritu Paráclito, por la intercesión de la Santísima Virgen María, á la cual saludaremos con el Ángel:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

I

LA historia del pueblo de Israel, durante su permanencia y su cautividad en Egipto, es una admirable historia. Aquel número reducido de hebreos que representaba las razas patriarcales, y que bajo el poderoso influjo de José acompañó los postreros años de la ancianidad de Jacob, creció tan copiosamente en la nación de los Faraones, como era prodigiosa por su feracidad y su riqueza la tierra de Gesén, que le fué señalada para mansión de sus familias y para pasto de sus numerosos rebaños. Un sabio apologista de nuestros días (1) ha descrito prolijamente la abundancia y la hermosura de aquella privilegiada comarca. Allí el cielo siempre está azul, el espacio siempre diáfano, y los ardientes rayos del sol parecen jugar con los montes, con los campos, con los mares, produciendo tintas de oro y de púr-

(1) Vigoroux.

pura que deslumbran y cautivan. En aquella atmósfera cálida, las villas y las ciudades están circundadas y protegidas por espesos bosques de árboles de sabroso fruto ó de delicados aromas. Allí parecen saltar de gozo las colinas, y las campiñas sonrían, y las aguas desbordadas de un río, sagrado para el egipcio, vienen periódicamente á besar y á fecundizar la llanura, haciéndola más rica y floreciente. Y apenas habían transcurrido dos centurias, cuando los descendientes de Abraham y de Jacob viéronse multiplicados como las antiguas generaciones, y cuando la ciudad de Ramasés, fundada y engrandecida por el antiguo salvador de aquel reino, llegó á constituir la magnífica corte de un pueblo grande y feliz, que daba culto al Dios Único y verdadero.

Los orgullosos Monarcas que sucedieron al protector reconocido de José comenzaron á mirar con recelo aquel engrandecimiento creciente: al recelo sucedió bien pronto la envidia, viniendo en pos el odio y las persecuciones. Principióse por el yugo de la opresión y por la tiranía de los tributos, para venir después al trabajo sin reposo, á los castigos sin causa, á los propósitos de destrucción, á las medidas de exterminio. Mas he aquí que la Providencia de Dios ha suscitado un hombre de la tribu de Leví para ser el libertador, el padre, el guía y el legislador de su pueblo. Este hombre fué Moisés.

La historia de Moisés, Señores, está impre-

sa, como en planchas de bronce, en la tradición ó en los libros de todas las religiones. La belleza de su rostro es la belleza que imaginamos en los ángeles del cielo; su salvación en las orillas del Nilo por la sensible Termut, hija del Rey, excita la fantasía; aquel sencillo engaño que vuelve al tierno ser á la morada de su propia madre para recibir su lactancia, conmueve nuestro ánimo; aquella adopción que hace la regia doncella, y que cambia el nombre de *Amran* en el nombre de *Moisés*, deja lucir para los hijos de Heber días de Misericordia. La sabiduría de Moisés le hizo ser estimado como el primero de los sabios; su valor y su fortuna contra el Etíope le hicieron ser temido como el primero de los capitanes. Por defender la justicia y aborrecer la iniquidad, huyó á la tierra de los Madianitas: por poseer un espíritu elevado y un corazón intrépido, encontró allí esposa amante, y el cielo le concedió dos hijos: por guardar fidelidad á su Ley, Jehová se le aparece entre una zarza que arde sin consumirse, le comunica sus mandatos y le confiere su poder.

Fortalecido ya con esta autoridad divina, Moisés demanda de Faraón, en la ciudad de Tanis, la libertad de los Israelitas, y castiga las repulsas y el endurecimiento del orgulloso Rey con aquellas plagas sobrehumanas que han pasado en proverbio á las generaciones de todos los siglos. El último azote de aquel terrible castigo pone indecible espanto en el alma; pero él constituirá la

definitiva victoria de una Justicia eterna. El Ángel exterminador privará á todos los padres egipcios de sus hijos primogénitos, y el Príncipe Menephtah, heredero del trono, sucumbirá asido con terror al solio mismo de su padre. Sávanse únicamente los fieles habitantes de Gesén, y aquellas casas hebreas marcadas en el dintel de sus puertas con la sangre de un cordero inmolado por orden del Señor, y comido con pan sin levadura en el hogar de la familia.

El pueblo de Israel miró entonces rotas sus cadenas; y en conmemoración de aquella libertad tan anhelada, fué instituída la más hermosa Fiesta de las solemnidades judías; la Fiesta memorable del plenilunio del mes de Nisán, en que es sacrificado y consumido el cordero pascual, figura adecuadísima del Mesías esperado, y en la que quedaban consagrados al Señor todos los primogénitos de las familias israelitas, los cuales no podrían nunca obtener su rescate sino presentando una ofrenda material en el Templo.

Hemos llegado, Señores, al objeto de la solemnidad presente, donde la Iglesia Católica ha querido enlazar entre sí dos arcanos adorables: la purificación ordenada á la mujer hebrea en el Libro del *Levítico*, y la Presentación de Jesús en los altares de Jerusalén, entre dos cirios encendidos que parecen tomar su luz de las alturas.

La ceremonia de la Purificación era rigurosamente observada por el pueblo hebreo. Nadie se

excusó jamás, en aquella nación soberbia y formalista, de cumplir los preceptos recibidos del Señor, en sus aplicaciones literales, aun cuando el corazón y el espíritu se alejasen con tan culpable frecuencia de la fe y del amor al Legislador Supremo. Pero la Virgen María, ¿podía estar obligada á la observancia de aquella ley hebrea? Veámoslo.

Cuando el espíritu cristiano intenta profundizar en todos estos memorables instantes, nada puede concebir que no sea suave y purísimo. Podrá haber algún Santo Doctor, algún sabio comentarista, que en los secretos de su piedad, en los conceptos de su sabiduría, con el fin de enaltecer las propiedades de la humanidad de Cristo, de identificar la maternidad de María con nuestra humanidad y nuestra naturaleza, haya concebido en la Natividad de Jesús cuidados y dolores de la dulce Madre, que son herencia de la vida y reliquias de la primera culpa. Pero casi todos los Padres y Expositores, los talentos más sublimes, los corazones más delicados y tiernos, han dicho á este propósito cosas tan admirables, han emitido ideas tan peregrinas y tan consoladoras, que el alma religiosa elévase á regiones que tocan con lo infinito, á aquellas conclusiones decisivas de la Metafísica cristiana, que se confunden con los resplandores de la Teología y con el dogma de las relaciones divinas.

Orígenes, ese nombre famoso que ha cruzado

por la serie de quince siglos, envuelto entre nubes y entre sombras, desvanecidas al fin por el espíritu de justicia y por la crítica imparcial y sensata, fué el primero tal vez entre los Padres de la Iglesia que, extasiado ante las prerrogativas de la Maternidad de María, enseñó con fervido entusiasmo que esa Virgen, pura como la luz ante los cielos, se hallaba necesariamente exenta de las prescripciones ordinarias de la ley, impuestas á la mujer judía. Los más egregios Doctores del Cristianismo bebieron en tan cristalina fuente la piadosa doctrina; y San Agustín con sus impetuosos apóstrofes, San Epifanio con sus irrefutables argumentos, San Cipriano con su concisión admirable, San Bernardo con su angelical dulzura. Santo Tomás de Aquino con sus sobrios y severos raciocinios, Suárez, por último, con sus profundas y decisivas reflexiones, traen á nuestra inteligencia tales ráfagas de luz, tales fragancias de pensiles divinos, que el espíritu queda suspenso y arrobado en la contemplación de tantas gracias y tantos privilegios (1).

(1) Nihil hoc conceptu, in hoc partu impurum fuit, nihil illicitum, nihil purgandum, nimirum cum proles ista fons puritatis sit, et purgationem venerit facere delictorum. Quid in me legalis purificet observatio, quæ purissima facta sum ipso partu immaculato? Vere, o Beata Virgo! vere no habet causam, nec tibi opus est purificatione: sed numquid Filio tuo opus erat circumcissione? Esto inter mulieres tamquam una earum: nam et filius tuus sic est in numero puerorum. (S. Bernard.: *Serm. de Purificat.*)